

LOTTE HELLINGA, EDITORES, CORRECTORES Y CAJISTAS. SIGLO XV. Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2006

Maria Cristina Misiti (Università della Tuscia. Viterbo)

[Reseña]

No es nada sencillo ser uno de los mayores estudiosos del propio siglo y continuar investigando con el mismo tesón, empeño tal vez más difícil en el caso de una mujer. Pero para unos pocos elegidos, la del intelecto es una juventud eterna: Lotte Hellinga pertenece a esta estirpe. Ella es, indiscutiblemente, uno de los historiadores del libro más representativos de nuestro tiempo gracias a su capacidad genial de análisis, observación, síntesis y creatividad, virtudes capaces aún de sorprendernos en su madurez por la inagotable viveza de su inteligencia.

Una cultura enciclopédica, hecha antes de curiosidad que de doctrina, un método que se alimenta de las energías de la razón, un ejemplo de rigor y de honestidad intelectual – una cualidad, esta última, de la que estamos particularmente necesitados en un mundo como el de la comunicación cultural, en el que el éxito y la prevaricación parecen términos indisociables–, estos son los ingredientes que distinguen la actividad y la escritura de Lotte. Un reconocimiento nada desdeñable el que el Instituto de Historia del Libro y la Lectura ha querido ofrecer con esta publicación, un volumen que, espigando en la vasta red de los escritos de Lotte Hellinga, recupera algunos de especial calado y originalidad.

Bien es cierto que hoy parece estar en crisis no solo la memoria escrita en sus prácticas de registro, transmisión y difusión, sino las propias instituciones destinadas a su conservación material, en particular bibliotecas y archivos, tal como se desprende, entre otras cosas, de las miserables vicisitudes que rodean la actividad cotidiana de estas instituciones en no pocos países europeos. De manera que «reunir los fragmentos del pasado», según enseñaba en 1956 el gran arqueólogo Vere Gordon Childe, puede convertirse en una tarea cada vez más ardua, si no imposible. La de hoy parece una situación extrema, compartida con la preocupación de los hombres de ciencia por salvar y conservar aquellos textos reconocidos como fundacionales y depositarios de la memoria, salvaguardando su legado y su difusión entre los contemporáneos y las generaciones futuras mediante colecciones, festchrifts, crestomatías.

El punto fuerte de esta recopilación, que supone también la síntesis más completa de los estudios «bibliológicos» sobre incunables, radica en su incidencia sobre los aspectos materiales del libro. De ellos debe partirse si queremos comprender la compleja y variable fenomenología del objeto físico, tal como se presenta ante nuestros ojos de «arqueólogos» modernos, sin descuidar ningún indicio, ninguna marca, ninguna variación.

Ya es de conocimiento universal que el texto escrito está condicionado por las modificaciones de los sistemas y los soportes. Por tanto, si es cierto lo que Malcolm B. Parkes, un paleógrafo inglés de aguda inteligencia, afirmaba de los manuscritos, «los

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

cambios en los signos son el signo de los cambios», se trata de examinar con agudeza signos y cambios también en los libros impresos, con mayor razón si pertenecen a los orígenes de la imprenta.

A partir del análisis del objeto, testimonio de vicisitudes tipográficas y extra tipográficas, se abre un horizonte tan amplio como sorprendente. Pero la propia materialidad conlleva el peligro de una frágil naturaleza, como nos advierte Armando Petrucci [2003]: «la memoria escrita que ha llegado hasta nosotros, tras un feroz (léase voluntario) o ciego, (es decir, involuntario), pero siempre continuo proceso de reducción y dispersión, todavía sigue sujeta a prácticas reductivas, de eliminación, de adecuación, debidas tanto a las debilidades de sus propios medios de registro y transmisión – materiales y, por tanto, degradables en mayor o menor grado–, como a las modificaciones siempre traumáticas de los modelos gráficos y físicos de esos mismos medios y de las prácticas de registro textual elegidas en cada ocasión».

Una buena antología logra erigir una arquitectura coordinada cuyo resultado es un conjunto orgánico en lo teórico y didácticamente eficaz. Con esta reseña se pretende destacar la validez del planteamiento y la selección de los textos traducidos. Veámoslo con más calma.

El contenido del libro parte de la premisa de aquel continuum constituido por el paso del manuscrito al impreso: es cierto, en efecto, que «en su estructura básica el libro impreso no difería del códice manuscrito» y, por tanto, en la historia de la transmisión escrita del patrimonio bibliográfico deben concurrir sinérgicamente todas las ciencias del libro (pág. 27). El aspecto que marca la diferencia es la simplificación formal del producto, que en los primeros cincuenta años conoció una evolución inimaginable. Adicionalmente se nos recuerda la importancia de los estudios sobre inventarios de bibliotecas y los listados post mortem, por no hablar de los rarísimos catálogos de venta de este periodo. Como también Edoardo Barbieri [2000, VIII] ha tenido ocasión de observar en el caso del monasterio de S. Mattia de Murano, el primer siglo de la imprenta representa un nudo decisivo para la historia de la producción libraria, «aunque solo sea por la amplia convivencia entre libro manuscrito y libro impreso». Si el objetivo es «mirar los libros con los ojos de sus contemporáneos» es preciso derivar un método y depender a menudo de las deducciones y las hipótesis. Así, recurriendo al método nomenclatorio de las ciencias naturales, Bradshaw desarrolló el sistema aún vigente de la clasificación de los tipos. Con frecuencia Hellinga reconoce las ventajas de recurrir a la experiencia de las disciplinas científicas, particularmente útiles si han de afrontarse grandes cantidades de datos.

Ya es célebre la afirmación de McKenzie [1969, 75]: «The essential task of the bibliographer is to establish the facts of transmission for a particular text, and he will use all relevant evidence to determine the bibliographical truth». Así, las competencias de los bibliógrafos aplicados a los estudios literarios han ido discurriendo de la pureza del texto a su ransmisión. «Le livre, ce ferment», como advertían Febvre y Martin, había cambiado dinámicamente la sociedad. Para nosotros, comprender el cambio significa estudiar con detalle esta nueva tecnología y penetrar en los mecanismos de desarrollo del nuevo comercio. Pero es preciso comprender cómo la imprenta había condicionado y cambiado los hábitos, la mentalidad, las comunicaciones y la estructura social.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

En el origen del primer artículo, «El códice en el siglo XV. Manuscrito e imprenta», están las reflexiones sobre el circuito de la comunicación, tema de una serie de conferencias ofrecidas en 1987 en la William Andrews Clark Library de Los Ángeles y después reunidas en un célebre volumen de Nicolas Barker [1993, 63-88]. Aquellos ensayos partían como referencia del modelo de «circuito de la comunicación» que Robert Darnton ofrecía como posible esquema de referencia en el que integrar e interpretar la red de información que tenemos sobre el «destino de los libros». Se trataba de una estructura esquemática bien adaptable a las exigencias de la historia del libro del siglo XVIII, pero necesitada de reajustes para llegar a comprender los diversos procesos que tienen al libro como protagonista y las fuerzas externas que interactúan también en los primeros siglos de la imprenta. Como ha observado Barker, «desde el punto de vista de la historia del libro, la debilidad del esquema de Darnton reside en el hecho de que trata de personas más que de libros. Se centra en la historia de la comunicación. Atiende por encima de todo a la gente que participa en el proceso mediante el cual el libro se convierte en un medio de comunicación». Barker y Adams insisten en que es el texto el motor que explica el ciclo vital del libro, y que su transmisión depende de su capacidad para generar nuevos ciclos. Partiendo de tales consideraciones, Hellinga reconstruye un modelo aplicable al siglo xv, que utiliza ejemplarmente en el caso de las *Facetiae de Poggio Bracciolini* (Apéndices 1 y 2).

Dedicado a Luigi Balsamo, la segunda contribución, «El texto y la impresión en las primeras décadas de la imprenta», estudia la repercusión de la prensa de dos golpes en la evolución del trabajo tipográfico [A. Ganda & E. Grignani, eds., *Libri, tipografi, biblioteche: Ricerche storiche dedicate a Luigi Balsamo*, Florence: Olschki, 1997, págs. 1-23]. La cuestión de los impresos en cuarto y en medio pliego ya había llamado la atención de los bibliógrafos: Jeanne Veyrin-Forrer se había ocupado de la transición en los métodos de imposición en cuarto en algunos talleres parisinos entre 1477 y 1478. Las investigaciones sobre un impresor holandés activo en Gouda en 1477 y 1484, Gheraert Leeu, al que se suman algunos trabajos sobre impresores romanos, llevan a Hellinga a las mismas conclusiones. Los primeros impresos recurren al medio pliego mientras que a partir de 1480 las ediciones en cuarto revelan la transición hacia un nuevo «hardware». Hellinga ha dedicado particular atención a este impresor holandés, como podemos apreciar en el artículo «Gheraert Leeu, impresor de “Los viajes” de Marco Polo» [F. Hendrickx *et alii*, *E codicibus impressisque: Opstellen over het boek in de Lage Landen voor Elly Cockx-Indestege*, Leuven, 2004, págs. 309-328]. Aquí examina el manuscrito del médico Giovanni Marcanova y su papel en la impresión del Libro de las maravillas del mundo. Aun sin mostrar marcas evidentes de un empleo tipográfico, el texto parece extraordinariamente cercano a la versión impresa, de la que reproduce muchos errores.

La siguiente propuesta nos introduce en el taller tipográfico a través de «Cajistas y editores: algunos aspectos de la preparación de textos para la imprenta en el siglo XV» [Gutenberg-Jahrbuch, 2000, págs. 152-159]. Muchos son los casos que aquí se consideran, aunque el más emblemático nos parece el problema del manuscrito de la *Morte Darthur* de Thomas Malory empleado en el taller de William Caxton, una obra capital de la literatura inglesa tardomedieval.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

Sobre la base de la definición de libro dada por Schmidt, resulta evidente que son dos los aspectos bajo los que puede ser considerado: como producto de masas –y en tal sentido primará la consideración de criterios como el número de ediciones, la cantidad de ejemplares vendidos, el ámbito de difusión, los lectores, las reacciones del público–, y como objeto concreto, único e individual, en cuyo análisis juega un papel decisivo la consideración del lector aislado, de aquel que ha leído ese preciso ejemplar con su propia interpretación subjetiva, del que lo ha estudiado, lo ha adquirido y lo ha conservado. De esta aproximación se deriva que, en el estudio del libro, no debe nunca agotarse el interés por quienes lo han compuesto, corregido, impreso, plegado, encuadernado y coleccionado, leído o estudiado. El cajista, el paciente trabajador encargado de alinear los tipos metálicos, es la figura clave de todo el proceso. El conocimiento de todas las fases previas a la impresión, facilitado por la identificación del manuscrito empleado como original de imprenta, nos permite la comprensión más completa posible de la página impresa, revelándonos tanto los elementos de continuidad como la variación y las innovaciones respecto al modelo original.

Los estudios de naturaleza técnica que recorren como un *fil rouge* el trabajo de Lotte Hellinga sobre los incunables, hallan un rico testimonio en las páginas dedicadas a «Peter Schoeffer y su modelo organizativo: una indagación bibliográfica sobre los procedimientos de un protoimpresor» [Gunilla Jonson, ed., *Biblis Yearbook*, 1995-1996, Stockholm: Foreningen for Bokhantverk, 1997, págs. 67-106]. A través de ejemplos concretos, que tienen la virtud de implicar al lector, casi en calidad de «espectador y testigo directo» de las primeras experiencias de arte tipográfica, Hellinga imparte otras tantas lecciones de método, estilo, análisis y enorme eficacia didáctica. Aquí se trazan las principales configuraciones culturales sobre las que se apoyan nuestros conocimientos, se acredita una ciencia del libro que atesora lo mejor de la bibliografía enumerativa, textual y descriptiva mostrando un cuadro a veces complejo, pero siempre presentado con claridad magistral.

Las cuestiones sujetas al concepto de edición crítica y a la dificultad de establecer una *redactio*, se abordan en la sexta contribución, «La edición de textos en los primeros quince años de la imprenta» [D. Oliphant & R. Bradford, eds., *New Directions in Textual Studies*, Austin, TX: Harry Ransom Humanities Research Center, U.T., 1990, págs. 127-149]. El caso de las *Epistolae* de san Jerónimo es un ejemplo excepcional de corrección del texto llevado a cabo en la imprenta maguntina de Peter Schoeffer en 1470. La existencia de dos emisiones nos ha permitido apreciar aspectos inéditos de este prototipógrafo, que ni siquiera descuidó los intereses comerciales de su empresa estableciendo una densa red mercantil.

Si la historia de la recepción orientada sociológicamente se ocupa de la relación entre el libro como producto de masas y el lector como consumidor masivo, la investigación sobre la recepción del libro orientada individualmente estudia el libro concreto, el lector concreto y la relación que se establece entre los dos. Ambas orientaciones no tienen otra posibilidad que la de complementarse mutuamente. Tentativas en tal sentido son evidentes en las investigaciones de Hellinga. Así como permanece idéntica la sustancia del libro ya sea en su forma de codex manuscriptus que la de codex impressus, también es idéntico, considerando los efectos, el papel del libro tanto manuscrito como impreso. En todos los periodos –y los ha habido biendistintos entre sí–, se han

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

producido efectos cuyo origen está en los libros; solo que antes de la invención de la imprenta no se percibía tan marcadamente un problema de masas.

Y es así que, página a página, se va conformando un mapa de la tipografía de los orígenes, aquellos primeros decenios que constituyen el núcleo de las investigaciones de Lotte Hellinga y que por fin comenzamos a comprender y a considerar con nueva luz, esa luz que cambia como un quiebro copernicano el punto de vista y, por tanto, nuestro conocimiento: «*Facts placed in relation to other facts assume a different shade in their coloring because they are observed and may have to be interpreted in a new light*», [Hellinga 1998, 402].

Ya en el siglo IX, en Bizancio, el patriarca Focio había lamentado «la costumbre, cada vez más acusada, de arrastrar obras útiles a la ruina de la inutilidad». Por conjurar este riesgo, quisiera dedicar a Lotte algunas palabras que resumen de manera sublime el trabajo del bibliotecario, el mismo que ella ha desempeñado durante muchos años en la British Library, logrando prolongar la tradición de los grandes incunabulistas de los albores del siglo XX. Son las palabras con las que Paul Groussac, maestro de Jorge Luis Borges, glosaba el *Catálogo Metódico* de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires en 1893: «Humildes depositarios de las riquezas intangibles, perdemos nuestro tiempo en inventariar tesoros que no alcanzan aprecio en el mundo vulgar. Consolémonos con saber que solo los desdeñan aquellos que no los pueden valorar. Felizmente, la labor al parecer más estéril encierra una virtud y trae consigo su recompensa, sin necesidad de extraña intervención [...] Después de todo, ¿quién sabe si no he elegido la mejor parte; si estos hipogeos del espíritu humano no sugieren la recta solución de la vida al que la busca sinceramente; y si, muy por bajo de la ley moral, de la familia y de la patria –que son facetas de la sola verdad externa–, no es cierto que la cultura intelectual sea la menos vana de nuestras ilusiones?».

Referencias

Barbieri, Edoardo, Il libro nella storia. Tre percorsi, Milano, C.U.S.L., 2000.

Barker, Nicolas, ed., A Potencie of Life: Books in Society, The Clark Lectures 1986-1987, London, The British Library, 1993.

Hellinga, Lotte, «A meditation on the Variety in Scale and Context in the Modern Study of the Early Printed Heritage», Papers of the Bibliographical Society of America, 92 (1998).

McKenzie, Donald F., «Printers of the Mind. Some Notes on Bibliographical Theories and Printing House Practises», Studies in Bibliography, 22 (1969). Trad. italiana, Milano, Sylvestre Bonnard, 2003.

Petrucchi, Armando, «Fra conservazione ed oblio: segni, tipi e modi della memoria scritta», Discorso tenuto per i 120 anni dell'Istituto Storico Italiano per il Medio Evo, Roma, 27 giugno 2003.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)